



Manuel Crespo
Director de Coluga

▶ LA REDUCCIÓN DEL IMPACTO MEDIOAMBIENTAL A TRAVÉS DEL MENOR USO DE PRODUCTOS FITOSANITARIOS Y FERTILIZANTES REPRESENTA UN RETO PARA TODOS, PERO TAMBIÉN UNA AMENAZA EN FUNCIÓN DE LOS TIEMPOS MARCADOS

La reducción en un 20 % del uso de los fertilizantes y de un 50 % en el caso de los fitosanitarios propuesta por los últimos borradores de la Comisión Europea para la nueva PAC plantea un auténtico desafío para el sector agrícola. No solo se trata de fijar unos objetivos para 2030 con los que alcanzar el desarrollo de una agricultura más respetuosa con el medio ambiente, algo a lo que todos los implicados en este ámbito debemos aspirar, sino que implica de por sí un profundo cambio cultural que repercutiría directamente en la forma de trabajar y en las herramientas que utilizamos para lograr los objetivos de cada explotación y cultivo.

En este sentido son muchas las preguntas que genera esta decisión pero, sin duda, la más relevante de cuantas nos formulamos en este momento es: ¿estamos preparados para una transformación de este calado? Lo cierto es que se trata de una razonable inquietud, porque la experiencia nos dice que cada territorio, cada explotación e incluso

La nueva PAC: entre el reto y la amenaza

cada cultivo requieren de actuaciones y soluciones concretas y, por lo tanto, resulta complejo prever el éxito de unas medidas generales para un campo tan amplio y diverso como el europeo. Sin ir más lejos, en Galicia la base territorial de nuestros cultivos es la misma que hace 150 años. La rotación no se ha producido y habrá que ver si el dictado de unas nuevas normas para esta década puede con la realidad impuesta en siglo y medio de costumbres y de historia.

Por otro lado, tampoco debemos olvidar que esa nueva realidad que se quiere imponer ahora ya se está produciendo en cierta medida. Prácticamente cada semana recibimos nuevas advertencias para la restricción de materias activas en productos fitosanitarios y fertilizantes. Nuestro conocimiento de la realidad gallega nos permite identificar el problema y encontrar nuevas soluciones para cumplir con nuestro papel como asesores especializados de agricultores y ganaderos. Es verdad que en el uso de métodos alternativos siempre hay margen de mejora y cabe insistir en que debemos ir recorriendo este camino con el esfuerzo de todos los implicados en la cadena de valor, pero, al mismo tiempo, también hacen falta muchas dosis de realismo y, sobre todo, de conocimiento sobre el terreno para prever las consecuencias que tendría un acelerón tan rotundo como el que anuncia la Comisión Europea.

La reducción del impacto medioambiental a través del menor uso de productos fitosanitarios y fertilizantes representa un reto para todos, pero también una amenaza en función de los tiempos marcados y las posibilidades reales de un sector productivo que ha demostrado su capacidad y compromiso, incluso en los momentos más difíciles.

Un reto, porque pasar de una PAC de requisitos a una PAC de objetivos provocará no solo un mayor peso del asesoramiento basado en decisiones profesio-

nales y una racionalización en el uso de productos fitosanitarios y abonos, sino que también implicará pensar en una estrategia integral de los cultivos. Ya no bastará con atacar las enfermedades y las plagas cuando surgen, como ocurre desde siempre, sino que habrá que estudiar irremediamente las condiciones previas que requiera cada cultivo para tratar de reducir su aparición, es decir, más racionalización, más profesionalización y más planificación.

Pero, como decíamos, la nueva PAC también representa una amenaza. Ese nuevo modelo, que debería concernirnos a todos, nacería quebrado si no se establecen los tiempos adecuados ni se tienen en cuenta las características propias de cada territorio. Por ejemplo, cabe preguntarse si existen en realidad alternativas ecológicas para todas las enfermedades y plagas que pueden sufrir los cultivos, o si hay en el mercado laboral profesionales suficientemente preparados para sacar adelante cultivos con las restricciones que se quieren imponer. Dicho de otro modo: todos debemos aspirar a una mayor profesionalización del sector, pero de poco servirían las intenciones si no contamos con profesionales capaces de ejercerla en número suficiente.

Por último, no debemos olvidar que, como se ha visto durante la pandemia de la covid-19, los agricultores y ganaderos cumplen con un indudable papel social que los convierte en imprescindibles para nuestra alimentación. Incrementar la productividad agrícola a través del progreso técnico y asegurando la utilización óptima de los factores de producción representa un avance, siempre y cuando todos los movimientos incluyan también un criterio de rentabilidad adecuado. De lo contrario, podría provocarse un efecto muy distinto del que *a priori* se persigue y generar más perjuicios que beneficios. ■